

**Estherci Cossío**  
***El espejo de mis abuelos***

Por azar del destino iba a llegar a casa el espejo de mis abuelos. La idea me emocionaba porque siempre había estado presidiendo su salón verde, acompañándonos en tantas tardes felices de reuniones familiares, de risas, de juegos, de merienditas

Mis abuelos paternos han marcado mi vida para bien; he tenido la suerte de compartir con ellos muchos ratos. Hace más de veinte años que no están con nosotros, pero, paradojas de la vida, siguen muy presentes en mí. Me descubro habitualmente con un: "como decía mi abuela..." o "como decía mi abuelo".

Al pronunciar la frase puedo verles la cara y, desde donde estén, sé que sonrían. Mi abuela Consu tenía un porte muy distinguido y su altura, nada habitual para una mujer de 1910, hacía que en conjunto se viera más elegante aún. Siempre iba como un pincel, con una sonrisa que iluminaba su precioso rostro. Lo mejor, sin duda, era su forma de ser.

No es pasión de nieta, pero ella era muy especial. No pienses en una abuela al uso; nunca fue la típica abuela que horneaba galletas; al contrario, aprendió a cocinar muy mayor, cuando la señora que se encargaba de hacer esas labores dejó de trabajar en su casa. Según cuenta la leyenda, las primeras semanas hubo una desbandada general. Todos sus hijos, ya universitarios, o tenían que quedarse a comer en algún lugar o les había surgido cualquier tipo de planes que les excusaba de probar las viandas que estaba aprendiendo a preparar. Tampoco iba a hacer la compra; era una adelantada a su tiempo, hacía su lista y llamaba a la tienda para que le trajeran las cosas a casa. Si hubiera conocido internet, habría estado encantada... O no, porque a ella le gustaba hablar; era una maravillosa conversadora, siempre pendiente de todos. Poseía la cualidad de hacernos sentir a todos la persona más importante.

Recuerdo con especial cariño un día en el campo. Nos sentamos en círculo y mi abuela nos empezó a contar historias que nos encantaba escuchar una y otra vez, algunas encabezadas por un: "yo, que estaba embarazada, como siempre..." No en vano había sido madre de ocho hijos. Sin embargo, mi fórmula favorita para encabezar cualquier narración es: "el otro día..." Ella siempre decía que, con su edad, no hacía falta hacer memoria de la gran cantidad de años que habían transcurrido. No faltaba a la verdad: el otro día bien podía referirse a hace veinte, treinta, cuarenta o incluso setenta años.

Le pedimos que nos volviese a contar nuevamente nuestra anécdota favorita:

El otro día, iba caminando por la calle cuando me encontré con Mariví, que estaba acompañada de su hija y de su nieta. Como sabéis, no eran muy agradecidas. Me dispuse a saludar a la niña y me sorprendí a mí misma diciéndole a la pequeña: "te pareces horriblemente a tu madre".

Yo siempre le replicaba muerta de risa:

—Abuela, eso no estuvo bien.

Y ella invariablemente me respondía:

—Lo sé rica mía, lo sé; no debí decirlo, pero te confesaré que no me faltaba razón; tendrías que haberla visto, la pobre no tenía nada que agradecerle a Dios...

El tiempo pasó volando. Llegó el momento de sacar la comida para compartir. Mi abuela, como era habitual con sus artes culinarias, nos sorprendió

hasta límites insospechados. ¡Había traído pizzas para comer en el campo! No dábamos crédito a aquello. Yo siempre pensé que si ella hubiera sido comercial, habría sido la mejor del mundo. Seguro que habría podido venderte polvorones en el desierto y que además renunciases a beber agua. Finalmente, nos terminó convenciendo de que si poníamos las pizzas en una roca al sol, se descongelarían y quedarían riquísimas. No sabría explicar cómo lo hizo; su dulzura, esa cara de ilusión que cuando planteaba cualquier cosa lograba que te entusiasmases con todo... sólo sé que consiguió que nos comiésemos las pizzas congeladas horneadas al sol.

Y de mi abuelo te confesaré que toda la vida he sentido auténtica devoción por él. Era un hombre tan cariñoso, tan guapo, tan inteligente, tan educado, tan divertido, tan elegante... parece el tañido de una campana —tan, tan, tan...

Se le conocía por su capacidad para entusiasmar al oyente. La había conseguido gracias a su tesón y fuerza de voluntad, ya que nació tartamudo. Desde muy pequeño recibió clases y aprendió a recitar; pasó de tener un problema a ser reconocido por su oratoria. Todo un modelo a seguir.

Una tarde, como tantas otras, mi abuelo me había estado contando anécdotas y yo le escuchaba embelesada. Tenía una memoria tan increíble que yo quise conocer su secreto y por eso le pregunté:

—Abuelito, ¿cómo haces para recordar todo con tanto detalle?

Una sonrisa brotó de sus labios. Me respondió con mucha dulzura:

—Verás, vida mía, cuando uno cuenta una anécdota, los detalles surgen sobre la marcha. En la mayoría de ocasiones son inventados; realmente lo único que importa es la esencia y con eso nos debemos quedar siempre, con la esencia de las cosas.

Eso es justamente lo que yo no estoy haciendo, ir a la esencia. Volvamos al espejo. Al buscarle un sitio sucedió algo mágico: la única pared que no tenía cuadro de la casa era la de la cómoda de los abuelos de Iñaki, el espejo encajaba exactamente en sus mismas medidas. Demasiada casualidad, dos muebles que parecían destinados a estar juntos, al igual que Iñaki y yo.

Hasta aquí, todo fantástico. Las cosas empezaron a complicarse cuando me di cuenta de que en el espejo había una niebla que no veía en los otros espejos de la casa.

Esa niebla ocupaba mis pensamientos a diario. Dos muebles de antepasados juntos, ¿sería una señal?, ¿energías de otros mundos que se comunican?, ¿una puerta al más allá? Vivimos en una casa de 1850, en la que hay ruidos raros. Ya me he convencido de que son debidos a la construcción de madera; aún así, procuro no estar en casa sola, por si acaso...

La ilusión de tener el espejo conmigo se había transformado en desasosiego: me obsesionaba la niebla, ¿qué podía significar? Tengo que confesar que durante años me he dormido escuchando un programa de radio llamado Milenio 3. En él se trataban temas relacionados con el denominado periodismo de lo desconocido: misterios no resueltos, fenómenos paranormales, sucesos extraños, enigmas y leyendas. Al miedo que yo tenía de serie, se le añadió el que me infundió el programa. Me volví una persona más miedosa aún. La niebla me hacía pensar constantemente que mis abuelos trataban de ponerse en contacto conmigo, que me querían avisar de algún peligro.

Mi peor pesadilla comenzó una noche cuando me levanté para ir al baño. Siempre dejo la puerta abierta y desde el baño se ve el pasillo que atraviesa la casa hasta la pared del salón. Desde el trono, con la puerta abierta, se apreciaba

una luz al fondo del pasillo. Quería chillar pero no podía. ¡Estaba segura de que era el espejo! Saqué fuerzas de flaqueza; tenía que salir de dudas. Mi respiración se aceleraba, el corazón me latía muy fuerte, pero una energía me impulsaba a acercarme a la luz. Nunca había sentido tanto miedo y a la vez tanta curiosidad... tenía que llegar, tenía que llegar. Las piernas me flaqueaban, pero me obedecían.

El eterno camino hacia la luz llegó a su fin. Esa noche nos habíamos dejado las contraventanas abiertas; la luz de la farola que ilumina la calle se había proyectado en el espejo y desde el fondo del pasillo parecía una luz de otro mundo.

Aún así, no dejaba de darle vueltas una y otra vez: ¿por qué veía esa niebla en el espejo de mis abuelos? Me inquietaba cada día más hasta el punto de pasar noches de insomnio. No quería preguntarle nada a Iñaki, pues a él también le producen sobresalto los inexplicables ruidos de la casa, pero finalmente le tuve que hablar.

—¿Te has fijado que el espejo de mis abuelos tiene una niebla especial? Me inquieta mucho.

Él me respondió:

—Precisamente te iba a hablar de este tema —hizo un silencio que me pareció interminable; gotas de sudor caían por mi cara, me temía lo peor.

—Te quería sugerir que lo llevemos a un restaurador, porque le falta azogue.